

Número 1568 • Sábado 2 de mayo de 2026

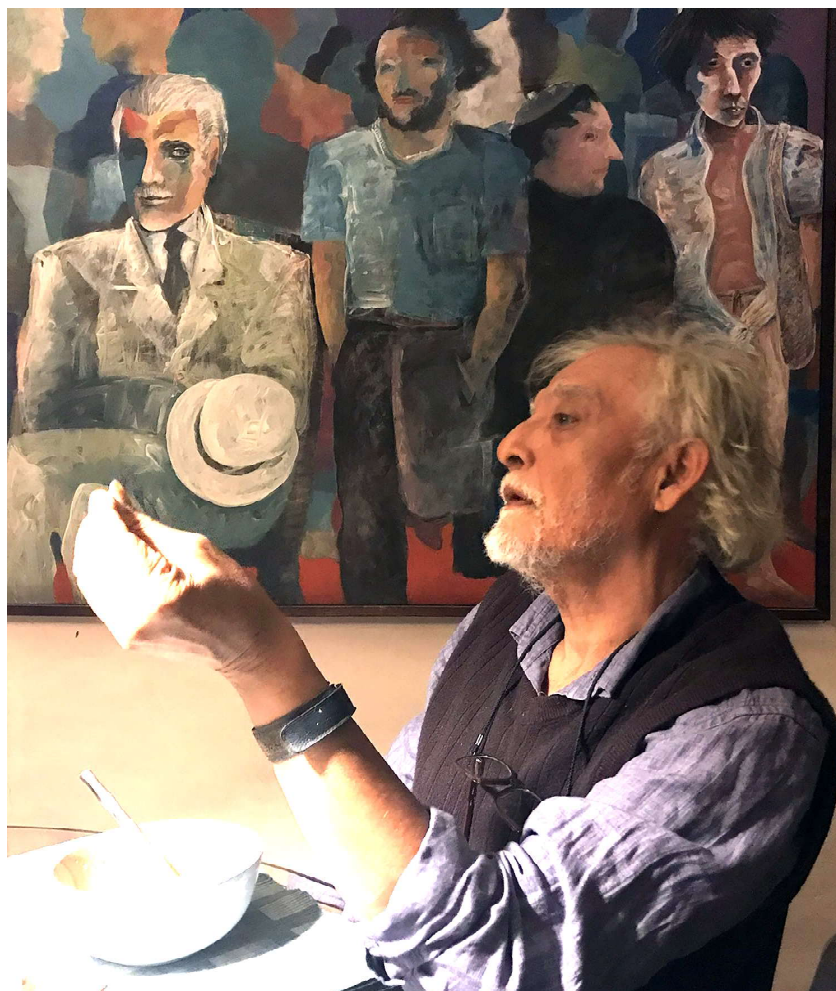
Tres Mil

REVISTA CENTROAMERICANA DE ARTE Y CULTURA | FUNDADA EN 1990

Director: Otoniel Guevara | Subdirectora: Karen Ayala

Edgardo Quijano

Con un pie en **Cuscatlán** y otro en el ensueño



«Edgardo vive, muere y resucita por el arte cada día y cada noche. Ese es su curso y su destino: a los pies de un árbol de morro; al filo de un acantilado oculto en un bosque; adentro de un caracol donde se aprenden los secretos del mar...» **Juan Carlos Rivas. Foto cortesía del MUPI.**

3-7 Edgardo Quijano: Los sagrados senderos del arte • JUAN CARLOS RIVAS

8 ¿Libres? ¿Iguales? • RAFAEL PAZ NARVÁEZ

8 La mudez de los ocasos • YIRAMA CASTAÑO

Tres Mil

REVISTA CENTROAMERICANA
DE ARTE Y CULTURA
FUNDADA EN 1990

DIRECTOR

Otoniel Guevara

SUBDIRECTORA

Karen Ayala

CONSEJO EDITORIAL

Daisy Zamora
Óscar Flores López
Guillermo Acuña
Vladimir Baiza
Rudy Gomez

REFERENTES

Argentina **Marta Miranda**
Colombia **Omar Ortiz**
Cuba **Verónica Alemán**
Dominicana **Leonardo Nin**
Estados Unidos **Juana M. Ramos**
Francia **Carlos Ábrego**
Italia **Rocío Bolaños**
Panamá **Consuelo Tomás**
Paraguay **Norma Flores Allende**
Uruguay **Gustavo Wojciechowski**

COLABORADORES ESPECIALIZADOS

Francisco Alejandro Méndez †

Carlos Cañas Dinarte
Rafael Paz Narváez
Javier Fuentes Vargas
Gaetano Longo
Álvaro Mata Guillé
Matheus Kar
Alberto Pocasangre
Vladimir Amaya

COLABORADORES GRÁFICOS

Gonzalo Fraguí
Luis Galdámez
Ulises Palacios
Augusto Crespín
Isaías Mata
Eduardo Rodríguez

Revista TresMil

no se compromete a publicar
colaboraciones no solicitadas.

Publicamos textos exclusivos
de creación literaria, pensamiento
crítico y de rescate histórico
y literario, principalmente de temas
y autores centroamericanos.

PALABRAS

Un gesto de gratitud para **Edgardo Quijano**



«Cabe destacar que su encuentro con la cultura ancestral sería parte importante de su formación como antropólogo». Foto cortesía del MUPI.

Tendría unos 19 años cuando solía visitar a Ricardo Lindo en la Sala Nacional de Exposiciones del Parque Cuscatlán, donde trabajaba su revista «Ars». Conversábamos sobre poesía. El discurría sobre grandes artistas y escritores y me silenciaba sin proponérselo con su noble sabiduría. En una de esas ocasiones apareció como una sombra un hombre humilde y parco, con quien intercambié algunos párrafos. Era Edgardo Quijano. Con el tiempo fui enterándome de su trabajo y su valía.

Cuando Ricardo me obsequió un ejemplar de su precioso libro “Las estrellas y las piedras”, publicado en coautoría con Quijano, lo primero que hice fue preguntarle cuál había sido el aporte de Edgardo. Él, con la serenidad que lo caracterizó frente a nuestra generación de poetas, me explicó la excepcional contribución de este hombre al arte, la historia, la antropología, la arqueología y otras disciplinas de la cultura y el conocimiento que para lo que llamamos Mesoamérica realizaba con ardor inimitable.

Desde esa ocasión respeté a este hombre al que, por su seriedad, jamás me atreví a abordar en las pocas oportunidades que se me presentaron.

Hace unos días, mi querido amigo Rainier Alfaro me habló de un artículo sobre Quijano escrito por un periodista, artista plástico y poeta, fallecido hace pocos años, y que gracias a Rainier también pude incluir en el tomo colectivo de poetas por la paz “La paz no se logra solo con el deseo”, que incluyó a 110 poetas de todo el continente. Se trata de **Juan Carlos Rivas**.

Leí el texto y me resultó imperdonable que no se haya publicado antes. Pero lo más ingrato es que, a pesar de la altura y la dimensión del trabajo realizado por Edgardo Quijano, se le haya relegado a ese olvido crónico que aturde nuestra historia. A él y a su legado, que es una injusticia más vergonzosa de sobrellevar, porque involucra a naciones enteras.

Con excepción del MUPI (siempre el MUPI), que atesora algunas de sus aportaciones y nos cede algunas fotos de su archivo para este número, el trabajo de Quijano parece diluirse en el tiempo.

Rendimos, pues, una especie de reconocimiento a ambos artistas en este número, sumados a las valiosas aportaciones de Rafael Paz Narváez y el devastador poema de Yirama Castaño, ambos luchadores por la belleza y la justicia en Nuestra América.

Nuestro correo:

administracion@revistaculturaltresmil.org

EL SALVADOR

Edgardo Quijano: Los sagrados senderos del arte

Escribe: Juan Carlos Rivas

A sus 18 años, recién titulado Edgardo como profesor de artes, don Carlos de Sola, director de Cultura de la época y por recomendación de Salarrué; lo designa director de la Sala Nacional de Exposiciones. Con esta acertada elección daría inicio el renacimiento de la cultura salvadoreña a partir de 1973 además de convertirlo en el único galerista en el mundo; que montó exposiciones consecutivas en tiempos de guerra.

Egresado de la primera generación del **CENAR** (Centro Nacional de Artes), cuando el **CENAR** formaba docentes y artistas comprometidos con la cultura y con la época. Una época en que la filosofía se mezclaba con la libertad que promovía el movimiento hippie; las luchas por los derechos humanos y las causas sociales entrelazadas con la metafísica del amor y paz de los pantalones campana.

Este fue el escenario del desarrollo intelectual y filosófico de un joven Edgardo Quijano que había crecido empapándose y aprendiendo de los libros de Gavidia, Masferrer, Alfredo Espino, Salarrué y Claudia Lars además del contacto con la naturaleza y sus secretos; ya que desde niño transitó por los países del sueño y el ensueño convirtiéndose en una especie de “niño catedrático”. Estas experiencias lo moldearon como un ser humano espiritual y en constante armonía con el universo (aquellos que tienen el privilegio de conocerlo saben de lo que estoy hablando).

Esta formación, que comenzó con la guía de su madre; una mujer del campo y maestra de cultura popular y continuó con su llegada a la ciudad; lo llevaría a convertirse en uno de los principales intelectuales de nuestra historia contemporánea, en uno de los pocos conocedores de nuestra historia ancestral y en el único capaz de continuar el trabajo iniciado por Salarrué en la galería nacional de pintura; la cual mejoró y llevó a su máxima expresión.

Con apenas 16 años, el humilde jovencito llegado del occidente del país, se inscribió en el nuevo proyecto de



«...desde pequeño, Edgardo también había dado muestras de ser un escritor y un poeta». Fotografía de Quijano niño, cortesía del MUPI.

educación artística impulsado por la reforma educativa de Walter Béneke. Desde su llegada al **CENAR** Edgardo demostró una capacidad asombrosa para el análisis y el dibujo; cosa que llamaría la atención de Magda Aguilar por aquel entonces directora del Centro Nacional de Artes (1971), quien no solo le consiguió una beca, sino que se convirtió en su mentora y madrina.

Quijano nace el 24 de febrero de 1954 (Edgardo nació muerto, lo que casi provoca una tragedia familiar, pero resucita un minuto después; volviendo a la vida también a su madre quien ya había perdido el sentido tras la noticia).

Inició sus estudios de arte en 1970, cuando la institución es creada como un proyecto especial -una especie de internado de tres años- cuyo objetivo era formar

docentes, los cuales serían distribuidos a cada uno de los departamentos del país para llevar a cabo dicha reforma educativa, formar maestros y comenzar la reestructuración de la cultura salvadoreña tal y como lo había proyectado ese gran señor y visionario llamado Carlos de Sola.

En 1972, dado su talento y capacidad, egresó como primer bachiller y obtiene el título de profesor en Artes con especialidad en artes plásticas. La formación del **CENAR** de aquellos días (el verdadero proyecto solo duró tres años) contó con un equipo de profesores extranjeros; lo mejor de lo mejor, sobre todo profesores Medalla de Oro de la Academia de San Fernando en España y profesores japoneses, franceses y norteamericanos de primer nivel. No obstante, desde pequeño, Edgardo también había dado muestras de ser un escritor y un poeta, y esto lo llevó a realizar estudios

universitarios en las ramas de Letras, Humanidades, de Cultura general y Bellas artes.

Cabe destacar que su encuentro con la cultura ancestral sería parte importante de su formación como antropólogo, pero sobre todo de su formación como artista ya que una parte importante de su obra comprende un estudio complejo sobre las iconografías plasmadas en los códices mayas.

Su desempeño laboral como funcionario de cultura está relacionado con el Ministerio de Educación entre 1973 y 1995, al dirigir la Sala Nacional de Exposiciones (Parque Cuscatlán) que Salarrué fundó en 1967. Hay un par de anécdotas interesantes respecto a la llegada de Edgardo a la Galería Nacional; la primera, cuando solicita una cita con el director de cultura para pedir una beca para estudiar en el extranjero dada la notable deficiencia tanto de las estructuras culturales como de la existencia de documentación y bibliografía.

Cuando don Carlos ve el espíritu del joven (quien entra a la oficina del señor director reclamándole por la situación desértica de la cultura nacional) éste le pide que lo ayude a crear dicha estructura y le encarga que diseñe el proyecto cultural del país; ofreciéndole la dirección de la galería por un período de un año antes de gestionar la beca para cursar estudios en España.

Edgardo se queda 20 años al frente, y aunque nunca llega a materializarse su deseo por estudiar en Europa; esto se convierte en una especie de bendición para el movimiento artístico y cultural nacional ya que comienza una labor sin precedentes. A él se debe la estructura cultural que el país posee en la actualidad (Edgardo Quijano es una especie de director histórico de cultura.)

La segunda anécdota sucede el primer día que Edgardo se presentó con su carta de acreditación como director de la Galería Nacional; y la entrega al vigilante y ordenanza quien fungía como encargado. Éste, sin siquiera abrirla, la arrojó al suelo, diciendo para sí mismo; “cómo es que me mandan a un cipote cagado como director”. Edgardo lo mira a los ojos y le dice: “¡si no levantas la carta te despido ahora mismo!”. Con ese talante empezaría a poner orden y a realizar lo que sería la etapa más fructífera y provechosa en la historia de la Sala Nacional de Exposiciones y en la historia de la cultura desde el contexto de la promoción, difusión y rescate.

Gracias a Edgardo Quijano los salvadoreños de aquella época pudieron apreciar una cantidad inmejorable de cultura y expresiones artísticas proveniente de todos los rincones del mundo. Durante poco más de veinte años la

galería exhibió casi a diario -incluso en los días de guerra- toda clase de manifestaciones culturales como parte de un programa educativo que el mismo Edgardo diseñó. También creó un sistema de documentación para identificar a los pintores y artistas con el objeto de evidenciar su trabajo; esto como parte de una investigación personal sobre la historia de la pintura salvadoreña (los tres o cuatro libros que existen sobre la pintura en El Salvador tienen mucho que ver con sus aportaciones).

Amado y respetado por todos los agregados culturales y embajadores acreditados, por todos los artistas del momento y sobre todo por los principales coleccionistas del país; que vieron en el joven no a un funcionario público, sino a un conocedor del arte como ningún otro a tal grado de llegarle a mostrar semejante respeto y admiración al invitarlo frecuentemente a sus residencias para conocer y avalar sus colecciones privadas de pintura. Algunos de estos patriarcas también fueron en algún momento benefactores de la cultura nacional.

Sin embargo, Edgardo jamás fue un político ni mucho menos un militante. Solo un amante del arte que se dedicaba incansablemente a su cuidado y promoción. Esta dedicación lo llevaría a ser el punto de atención entre los amantes y los no amantes de la cultura



Su oficina siempre estuvo repleta de todo tipo de materiales didácticos donados por los amigos extranjeros; libros, material educativo, material de investigación, información, y siempre sin faltar un buen café.

de aquellos días; cuando los funcionarios se negaban a darle su valor tanto a las expresiones culturales como al patrimonio nacional, pero sí a hacer uso de los bienes culturales para adornar sus oficinas.

Pese a haber realizado una labor honorable, Edgardo trabajó durante más de veinte años “con un pie en el cielo y el otro en el infierno” (en esta etapa cabe destacar la compañía noble y fiel de su esposa Brenda, experta en didáctica infantil y profesora de música).

Como promotor de la Dirección de Cultura (Edgardo fue el representante oficial de Carlos de Sola) desarrolló un intenso trabajo en jornadas pedagógicas a lo largo del país. Dirigió programas de exposiciones tanto en la capital como en los 14 departamentos; jornadas culturales educativas en fundaciones y casas de la cultura, exposiciones itinerantes, talleres de arte para niños incluso en los rincones más apartados y los cuales coordinaba con sus propios medios como parte de ese compromiso solidario que los artistas genuinos muestran hacia su gente.

Su labor curricular incluye la promoción de artes a nivel estudiantil, el rescate de artesanías y artes populares, investigaciones en botánica, flora, fauna, antropología y arqueología, química del color, aves nacionales, etc. Como

profesor dictó muchas charlas en centros educativos y universidades y gestionó con los países amigos; un millar de exposiciones de pintura, fotografía, escultura, libros, documentales, música, etc. Los embajadores de aquel entonces llegaron a decirle a los funcionarios de cultura: *“si Edgardo es el encargado, entonces sí...”*

Su oficina siempre estuvo repleta de todo tipo de materiales didácticos donados por los amigos extranjeros; libros, material educativo, material de investigación, información, y siempre sin faltar un buen café, ya que Edgardo se esmeraba porque la gente comprendiera la importancia de una institución cultural de tal nivel. Desarrolló un inmejorable plan de promoción, educación y difusión de las artes a través de exposiciones, conferencias, certámenes, proyectos de intercambio, etc. La sala nacional se convirtió en un punto de encuentro para pintores, escultores, escritores, actores, promotores culturales y por supuesto; la población capitalina de mediados de los años setenta. La galería era visitada por todos los estratos de la sociedad, los estudiantes, los universitarios, los poetas, el vendedor de minutas, la señora de la fruta, el obrero que descansaba en el parque; ya que Edgardo siempre ha estado consciente de que el arte debe servir al pueblo. Edgardo fue magnánimo con todos.

Incluso impulsó las carreras de importantes figuras (en la actualidad) de la plástica nacional como César Menéndez, Roberto Huevo, Roberto Galicia, Antonio García Ponce, Antonio Bonilla y de escritores como Roberto Monterrosa, Ricardo Lindo, Manuel Sorto y una lista innumerable de “artistas emergentes”, muchos de ellos; sobre todo algunos de los pintores -y esto es una apreciación mía- respondieron con silencio y otros con desagrado en el futuro posterior.

Pero su trabajo no solo se limitó a la promoción y difusión de las artes, como intelectual -ya que estamos hablando de un intelectual de primer nivel- Edgardo Quijano se dedicó a desarrollar un profundo trabajo documental sobre El Salvador, convirtiéndose en un antropólogo que llevaría a cabo una incansable labor investigativa luego de su contacto con Stanley Boggs en Tazumal; quien luego de ver el interés del joven por preservar el legado ancestral, recibió una inusual cátedra privada de parte del reconocido investigador. (Quijano organizó la exposición de bordados de doña Berta Sagrera de Boggs, inspirados en los dibujos de la zona arqueológica).

Este encuentro lo llevó tiempo después; a especializarse en el campo de los petrograbados (los petroglifos de Güija, Corinto, Titihuapa, Ahuachapán, Comasagua). Su investigación sobre los petrograbados del Lago de Güija fue el capital semilla que sirvió a Ricardo Lindo para la publicación de un libro que se llama “Las Estrellas y las Piedras”; cuya edición se hizo en coautoría con el mismo Quijano en el marco del V centenario del descubrimiento de América.

La especialización de Quijano también incluye la cerámica ancestral, los telares, el añil, la pintura mural y la artesanía, en esta rama obtuvo el 1er premio en la Feria Mundial de Artesanía de Canarias; una de las máximas distinciones que ha tenido El Salvador a nivel mundial (de hecho, Edgardo orientó al gran Fernando Llorca para que visualizara un nuevo concepto de artesanía).

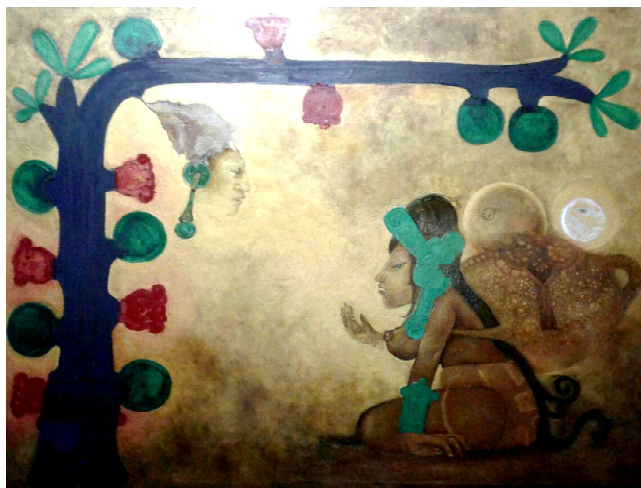
Su trabajo investigativo ha sido (y sigue siendo) apreciado en bibliotecas universitarias y fundaciones y museos de México y Europa; a tal grado de recibir ofrecimientos para impartir cátedras en varias instituciones educativas (Francia, China, México, Estados Unidos, etc.) sin embargo, Edgardo decidió quedarse en su país y continuar con la labor de rescate.

La revista National Geographic, por ejemplo, recurre a su asesoría cuando tiene que realizar alguna investigación arqueológica y antropológica en El Salvador (Edgardo se dedicó a copiar - documentar es el término correcto- muchos de los

dibujos y símbolos tanto en Güija como en Corinto). Nadie en el país posee semejante registro.

La Universidad de Texas por su parte, solicitó su colaboración para la investigación que la antropóloga Andrea J. Stone llevo a cabo en la zona de Güija y que publicó en un libro titulado; “Images from the underworld”, el cual dedicó “a su compañero en nuestro interés en Güija” en 1998.

Entre sus investigaciones y escritos se encuentran: “Historia del Arte pictórico de El Salvador”, “Petroglifos de El Salvador”, “Cerámica ancestral”, “Telar de Panchimalco”, “Flora y botánica de El Salvador”, “Orquídeas de El Salvador”, “ Los danzantes de Corinto”, “Vida y Obra de Salarrué”, entre otros. Esto lo ha llevado a convertirse en un conferencista calificado en todas las áreas. Es de recordar la conferencia magistral e histórica que brindó sobre Salarrué en la recordada Luna Casa y Arte.



“Hablar de Edgardo Quijano es complejo, es una mezcla felina entre Creador y Pensador. Sus capacidades plásticas hacen que todo lo que caiga en sus manos se transforme en arte y que todo conocimiento que absorbe sea devuelto a la colectividad de forma fácil de aprender». **Renacho Melgar**

En una ocasión, el pintor y escultor Julio Reyes Yazbek (ya fallecido), comentó: *“no existen dos personas en El Salvador que conozcan sobre nuestra historia ancestral como Edgardo Quijano”*. Edgardo conoce casi de memoria el Popol-Vuh, contexto que ha llegado a ser parte importante de su incansable investigación.

Actualmente continúa con una lucidez y un conocimiento envidiables; su labor de historiador y escritor (posee mucha obra inédita la cual también es apetecida por fundaciones y universidades europeas y mexicanas) no ha cesado nunca.

La universidad de Lovaina en Bélgica, le solicitó un escrito sobre la obra de Mario Martí que serviría como contexto en el homenaje que dicha institución le realizó al gran pintor conceptual salvadoreño; dejándolos sorprendidos por su capacidad de análisis.

Como artista plástico continúa realizando una pintura documental que va

narrando la historia de nuestra herencia cultural a partir de nuestra herencia maya y nuestra historia religiosa; mágica y mítica, conservada en las narraciones del Popol-Vuh. Sus pinturas documentales, especialmente su iconografía, hacen alusión a los temas religiosos de los retablos rusos, ya que los suyos son considerados igualmente sagrados como lo son un versículo o una parábola bíblica, pues, “Las

Antiguas Historias del Quiché”, representan a la tercera religión más importante del mundo después de “El Sagrado Corán” y “La Biblia” judeocristiana.

Edgardo también ha sido miembro fundador de diversas organizaciones relacionadas con el arte y ha colaborado con eminentes profesionales en diferentes proyectos. Gracias a él se materializaron proyectos importantes como el Museo Forma (no fue Julia Díaz quien lo conceptualizó sino Quijano luego de su encuentro con don Francisco de Sola a petición de Carlos; quien para ese entonces ya evidenciaba un deterioro notable en su salud). Colaboró en la creación del Patronato Pro Cultura, con el ministerio de turismo dirigido por el recordado Roberto Poma; trabajó en la organización de la Colección Nacional de Pintura como esencia del Museo de Arte de El Salvador; como asesor de doña Celia de Cohen para la estructuración definitiva de la Galería 1-2-3; además de brindar su apoyo a la iniciativa Pro-arte popular (INAR); a la Fundación Salarrué; al Museo de la Palabra y la Imagen y al Museo de Arte y Tradiciones de El Salvador además de la Mesa Ciudadana de la Cultura de la ciudad de Santa Tecla.

En 1995 fue director de la Galería Intercambios Culturales bajo los auspicios de la Fundación para las

Artes de Nueva York. Además de ser constantemente requerido por diversas instituciones culturales extranjeras debido a sus conocimientos.

Amigo de Camilo Minero, Salarrué (tanto Salarrué como Carlos de Sola se acercaron a él para agradecerle y despedirse en sus últimos días de vida; cosa que no ocurrió con ningún otro artista como erróneamente cuenta la historia), Raúl Elas Reyes, Julia Díaz, San Avilés (que por cierto quedó eternamente agradecido con un joven Edgardo) y otros grandes que incluso pidieron su colaboración para manipular algunos de sus cuadros además de José Roberto Cea, Julio Reyes, Ricardo Lindo, Alfonso Kijadurías y las grandes figuras de nuestra historia contemporánea. Su valía excede a la misma historia de la cultura.

Yo lo conocí mientras trabajaba en la sección de cultura de El Diario de Hoy y él estaba a punto de ser obligado a dejar la dirección de la Galería Nacional; debido a la visión nublada, analfabeta, desagradecida y fanática de los políticos de turno.

Luego volví a reencontrarme con él cuando yo colaboraba con el proyecto del salón de pintura abstracta. Fue en ese momento -cuando contaba con cierta experiencia en el campo del periodismo además de ser ya un artista con cierta trayectoria- que descubrí al gran intelectual, pero sobre todo a un

hombre sencillo, íntegro e intachable cuyo único propósito en la vida había sido trabajar por el arte y por el rescate de la identidad nacional; con toda la seriedad y autenticidad que ello requiere.

Incluso llegó a defender con su vida y a sentir en carne propia los golpes de la intolerancia cuando los demonios de la guerra intentaron destruir las pinturas de la galería en dos o tres ocasiones. Ricardo Lindo también fue víctima y testigo de uno de esos actos. La historia tiene muchas historias que aún no han sido contadas y otras, que nunca se contarán...

EL YANKA SURI DE NUESTRA CULTURA

Con la posguerra el panorama dio un giro de 360 grados; el misticismo se perdió y la nueva sociedad se volvió apática y casi que enemiga de la identidad nacional. La apreciación de arte y cultura fue suplantado por el estadio, el conocimiento por el consumismo despiadado y la televisión; el fundamentalismo religioso, los falsos conceptos estéticos, las modas oportunistas o el fanatismo político partidista.

Sin embargo, aún dentro de esta nueva realidad, es de más valor contar con intelectuales y artistas de la talla de Edgardo Quijano; quienes con su trabajo intelectual



En el siglo XXI, Edgardo continúa en una especie de autoexilio creativo, trabajando en una de las profesiones más nobles que puedan existir: el arte. El arte como representación de la pureza espiritual.

artístico hacen posible que aún tengamos como nación más que identidad, dignidad.

Edgardo es el único artista intelectual capaz de reordenar la tan debilitada estructura cultural salvadoreña contemporánea. Me parece casi una ironía que existan funcionarios de cultura expertos en la ignorancia; cuando todavía contamos con la única persona capaz para dirigir con acierto un ministerio de cultura que es como decir, dirigir el alma de la nación.

En el siglo XXI, Edgardo continúa en una especie de autoexilio creativo, trabajando en una de las profesiones más nobles que puedan existir: el arte. El arte como representación de la pureza espiritual.

Don Edgar -como yo le llamo- me ha enseñado a ser un artista auténtico; a no claudicar pese a vivir en un país que es más un desierto que un oasis de esperanza. *“Nunca le temas a los hombres, los dioses, los gigantes y los monstruos”* me dice; *“y mantén siempre la dignidad, la templanza, la entereza moral pero también señala las injusticias y no te olvides de los más necesitados”*. Edgardo es un hombre íntegro como pocos. Doy fe de que quienes lo conocen pueden decir lo mismo.

Hace unos días pedí a mi amigo, el pintor y dibujante Renacho Melgar (también entrañable de Quijano) que me escribiera unas palabras sobre él; y nuestro talentoso y joven artista respondió esto:

“Hablar de Edgardo Quijano es complejo, es una mezcla felina entre Creador y Pensador. Sus capacidades plásticas hacen que todo lo que caiga en sus manos se transforme en arte y que todo conocimiento que absorbe sea devuelto a la colectividad de forma fácil de aprender.

La memoria artística de El Salvador debe mucho a su olfato e instinto, hay toda una generación que no hubiera encontrado la luz si no fuera por este Prometeo, hoy encadenado al olvido por un pueblo sin memoria. Un pueblo donde cualquier mediocre se autodenomina maestro”.

MI PEQUEÑO HOMENAJE

Edgardo vive, muere y resucita por el arte cada día y cada noche. Ese es su curso y su destino: a los pies de un árbol de morro; al filo de un acantilado oculto en un bosque; adentro de un caracol donde se aprenden los secretos del mar...

Allá donde los dioses del inframundo respiran el mundo; y la magia es un hongo nacido del sagrado estiércol de un dios venado que recorre sin miedo los dominios del señor Jaguar. Siempre atento; sensorial.

Escribiendo su poesía con un pie en Cuzcatlán y el otro en un ensueño; pues tal y como dice el viejo alquimista medieval: “solo soñamos lo que existe...”

—Juan Carlos Rivas—



JUAN CARLOS RIVAS

Escritor, periodista, artista plástico. Se dio a conocer luego de ganar el 1er Lugar en el Certamen de Poesía Wang Generación Noventa, coordinado por el Ministerio de Educación de El Salvador.

Un año antes obtuvo el Segundo Lugar en el certamen de poesía juvenil en los Juegos Florales de Nueva San Salvador y Mención de Honor en la rama de Poesía en los Juegos Florales de Sonsonate. Ingresó como redactor en la revista dominical del periódico *La Prensa Gráfica* y posteriormente como periodista en la revista dominical de *El Diario de Hoy* (ambos en la capital salvadoreña). Escribió poesía, literatura infantil y cuentos cortos. Fungió como director de Difusión Cultural en el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, donde coordinó el departamento de prensa. En 2005 trabajó como periodista investigativo para la Revista *Vértice* de *El Diario de Hoy*, considerada hasta ahora un referente en la investigación periodística salvadoreña.

Además de columnista de la misma. Ese año obtuvo el Premio Unicef de Prensa Escrita. Ese mismo año fue invitado como participante en el 4° Festival Internacional de Poesía de El Salvador además de poeta invitado; en el Día Iberoamericano del Idioma, coordinado por la Municipalidad de Tegucigalpa, Honduras. Posteriormente trabajó como guionista de televisión. Realizó estudios de Periodismo, Antropología, Teatro, Diseño y Artes Plásticas. Publicó la plaquette:

«Poemas para leer sin ojos».

Entre su obra inédita se encuentra: «El lamento de los olivos» (poesía); «El árbol de las palabras» (microrelatos); «Relatos de un valle encantado» (narrativa); «El secreto de Aurora» (microrelatos parte II). Falleció el 20 de noviembre de 2022.

—Inocencia, sintaxis y olvido—

¿Libres? ¿Iguales?

Escribe: Rafael Paz Narváez

¿Somos todavía dueños de nuestros miedos, de nuestros deseos, del cansancio que nos llega cuando hemos vivido mucho?

Nos vigilan. Hay cámaras arriba, al frente, cerca y lejos. Las llevamos en la mano, las instalamos en la casa, bebemos el café frente a ellas con confianza. Las pantallas también nos miran y han aprendido a consumirnos.

Los algoritmos ordenan lo que vemos, adivinan si queremos algo peligroso, premian nuestra obediencia y nos empujan hacia el lugar en el que el poder nos prefiere. Antes y por muchos siglos, los látigos se usaban para domesticar nuestros cuerpos; ahora un algoritmo se propone modular nuestra voluntad.

En Centroamérica las cadenas de la esclavitud desaparecieron de la ley en 1824. Algunas naciones declararon en 1948 que todas las personas nacemos libres e iguales en dignidad y derechos. Los señores de la nube, herederos tecnológicos de las viejas aristocracias, no calculan ninguna ganancia con esa frase. Para ellos, las personas no nacen iguales: nacen clasificables, rentables, descartables y corregibles. Treinta años de trabajo de cualquiera de nosotros valen un día de interés para una gran fortuna empresarial. Se nos pide convivir en paz con la desigualdad: una vida entera de trabajo para nosotros, un día de acumulación para ellos.

La democracia de “una persona, un voto” sobrevive en condición de ceremonia disecada. El torpe estado democrático estorba cuando osa imponer límites a la rotación de capitales. Por eso, el control camina con botas y se divulga en píxeles y miedo modulado. Y la sonrisa oficial se repite. Y se repite. Y se vuelve a repetir.

No nacemos como datos, ni como usuarios, ni como piezas rentables de una arquitectura ajena. Nacemos personas: distintas en nuestras identidades, lenguas, culturas y memorias, pero vinculadas por una dignidad común y una responsabilidad compartida. Cuidarnos no es una debilidad: es una forma de resistencia. Defender los territorios no es nostalgia: es proteger la raíz concreta de esa casa común que se llama mundo.

A las oligarquías les incomoda que el pueblo decida sobre la riqueza, el territorio, el trabajo y la vida. La igualdad es injusta frente a su asumida natural superioridad. No es superioridad humana. Es la ventaja de quienes diseñan y apuntan el arma de la plataforma digital antes de que sepamos que ya estamos en la mira.

La insubordinación amenaza con convertirse en moda popular cuando la libertad se reduce al poder de la billetera, la seguridad al encierro y la igualdad aparece como un error a corregir en la nueva programación. Una mañana despertamos y recordamos que ningún algoritmo nos hizo personas, ninguna fortuna empresarial nos concedió dignidad y ningún poder tiene derecho a decidir cuánto valen nuestras vidas.

Yirama
Castaño.
Colombia.El In
édito
poema

La mudez de los ocasos

No hay casa. Sólo escombros.
Sin cocina, sin cama, sin cobijo.
Los caminos son polvo, entre los dedos.

¿A dónde vamos? Sólo ruinas.
Sostenemos la mirada con los huesos.
Sin el agua, con el hambre.
¿Ya salieron?

Los niños con sus madres, de las manos.
¿Quiénes son?
Los vecinos, sin paredes, sin hogar.
Perdidos,
sin sus muertos, con sus ánimas detrás.

¿Dónde están?
Solo estruendos y agujeros.
Fragmentados. Sin comida.
Con la sangre, sin la hornilla, con el gas.

¿A dónde fueron?
En la carpa, con la arena, en exilio, sin el grifo,
sin las flores, sin jardín.

¿Hacia el norte? Sin pañuelo ¿Hacia el sur?
Hacinados, incompletos.
Sin semillas. Sin los perros.

¿Los escuchas?
Sin la tierra, con el frío,
sin sus calles, con recuerdos,
sin refugio.
¿A dónde ir?

Sin sus hijos, con sus padres,
sin sus padres, con los hijos,
¿A dónde van?

Con su alma, sin humanos.
Con sus ojos, sin su vida,
con la rabia, sin sus piernas,
con sus brazos, sin sus ojos,